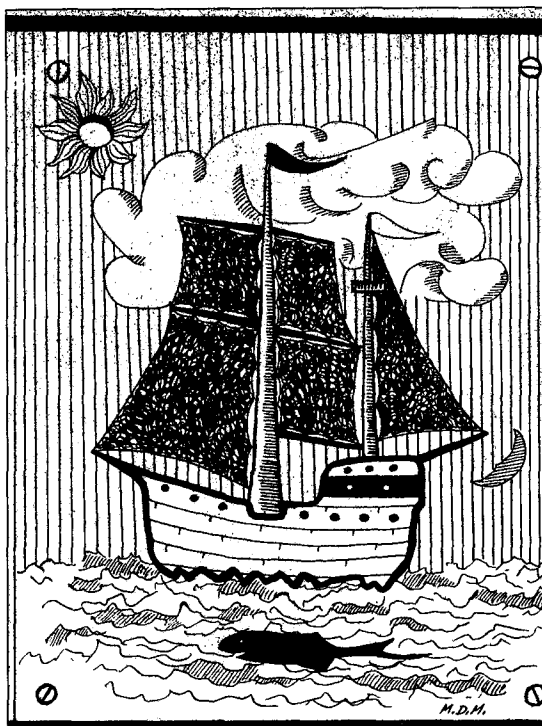


ISLARIO CONTEMPORÁNEO

FERNANDO AÍNSA

¿Dónde he leído que “todos somos náufragos que soñamos islas?”

Náufragos de la vida que necesitamos de islas imaginarias, de islas donde concentrar recuerdos y proyectar utopías, de islas secretas y personales donde se reiteren los motivos que persiguen al ser humano desde la más remota antigüedad: ese paraíso al que todos creemos tener derecho y que “debe” existir en “algún” lugar; ese rincón del mundo de los sueños al que será posible evadirse un día, esa isla siempre lejana que subyace en el “principio esperanza” que guía nuestros pasos en la distancia.



tenencia y de espacio cerrado que invita a la exhaustividad, tanto por su exigüidad como por su autonomía; de ahí el sueño de la isla propia, la vocación “robinsoniana” que subyace en todo individuo.

En una isla americana -se supone- naufragó Robinsón Crusóe, el personaje de Daniel Defoe que reivindicó, más allá del mito y la utopía, las virtudes del *homo faber* de la civilización industrial naciente, capaz de sobrevivir en autarquía absoluta. A este Robinsón le saldrá, felizmente, su *alter ego* en el *Viernes* de Michel Tournier. Leyendo sus páginas comprendemos

Aclaración: Estas islas no son “islas-nación” como Inglaterra, ni forman parte del archipiélago-imperial del Japón, ni son tampoco una “isla-continente” como Australia, ni un original muestrario de flora y fauna de tiempos prehistóricos como Madagascar.

Esa isla, para ser símbolo y metáfora del ensueño y la memoria, tiene que ser pequeña. Ya lo dijo D.H. Lawrence en *El hombre que amaba las islas*: “una isla, si es suficientemente grande, no es mejor que un continente. En realidad debe ser bastante pequeña para sentirse como una isla y diminuta para que se adapte perfectamente a tu propia personalidad”.

La isla —nuestra “isla-posible”— debe dar la sensación de un espacio finito que se puede percibir, recorrer y medir en forma personalizada. Una isla que brinde la sensación de que es posible apropiársela visual y afectivamente. De ahí ese sentimiento de per-

por qué los náufragos que encuentran realmente “su” isla no siempre vuelven a su tierra de origen, aunque los barcos pretendan rescatarlos. Allí, se quedan los auténticos “robinsones” que han sido capaces de conquistar su “isla propia”, al final de tantos desvelos.

(Nota erudita: La polémica sobre la situación de la isla donde naufraga Robinsón -isla de la “desesperanza” o de Speranza como alternativamente es llamada- se extiende hasta nuestros días, aunque se acepte en general que su localización es austral y americana. Algunos cartógrafos la sitúan entre la isla de Juan Fernández y la costa de Chile; otros hablan de ella como si fuera la isla de Juan Fernández. Recientemente, los autores de la *Guía de ninguna parte* sostienen que la isla donde vivió el personaje novelesco estaría situada apenas a 20 leguas de la costa americana).

Isla propia, isla apropiada; cada isla tiene su trazado, su geografía y su espacio interior. En su costa sinuosa se dibujan playas y bahías al abrigo de los temporales de la vida, ensenadas de aguas calmas, puertos replegados en la intimidad de su propio territorio donde se reparan las velas desgarradas de los navíos que han atravesado borrascas y tempestades, atolones de formas anulares con lagunas interiores de aguas cristalinas o acantilados que disuaden todo acostaje.

Ésta es la peculiaridad de todo espacio geográfico insular: ser intenso y original, espacio donde el "mar abraza la tierra"-al decir metafórico de Lamartine en su poema *Ischia-*, donde el océano está "enamorado de esas orillas tranquilas", "apretando en sus brazos esos golfos y esas islas".

En el territorio "a(isla)do" de la isla se protege la Edad de Oro de un pasado perdido en la infancia o se proyecta hacia el futuro la *Civitas Dei* secularizada de la utopía. En todo caso, en la hermenéutica que nos sugiere el espacio de la utopía y el tiempo de la aventura nos reconocemos de un modo u otro.

Advertencia al paso: Los tópicos del paraíso insular *ad usum turisti*, cuya promoción inicia en plena era victoriana la agencia de viajes Thomas Cook, siguen subyaciendo en la publicidad que invita a visitarlos. ¿Por qué no sucumbir a ella?

Inventario de "islarios maravillosos".

Islas del ensueño y de la memoria que condensan los arquetipos de la felicidad o del encierro; "isla-tema", son el verdadero hilo conductor del botón artístico, literario y pictórico acumulado por la geografía simbólica; isla uncida al "carrusel" de la hermenéutica de temas y motivos de la historia del imaginario. Espacio de la cartografía que ilustran mapas medievales, textos de poetas, viajeros y cronistas, pintores del arte visionario y constructores de utopías varias.

Islas que empiezan siendo el sugerente escenario de las aventuras de Ulises en el Mediterráneo, microcosmos cuyo carácter replegado sobre sí mismo no sería otro que la expresión de una condición esencialmente femenina con la que se identifican¹.

Entre otras islas "femeninas" Ulises visita la "isla-refugio"(la cueva de la matriz femenina) donde vive la

maga Circe, la "isla-hogar" de Ítaca donde Penélope teje los recuerdos de su esposo ausente, las islas Lípari donde moran las sirenas que atraen a los navegantes a sus orillas. Islas -en resumen- que, con sus forestas umbrías, húmedas y perfumadas nos recuerdan los secretos del cuerpo de la mujer con el cual el motivo de la isla se asocia.

¿No dice, acaso, la publicidad de los perfumes Guy Laroche, que "La femme est une île, la nuit fait vibrer son parfum" y que "*Fidji est son parfum*".

Los mitos celtas pueblan el océano Atlántico con "islas deliciosas" como Avalón, isla vinculada a la gesta del Rey Arturo y a la leyenda del Santo Grial; con Antilia, la que daría su nombre a las Antillas del Caribe, con Brazi que lo daría a Brasil, con la Isla verde, tierra de "santos y afortunados" que recoge la tradición islámica recapitulada por Alí Ibn Fazel y con la isla No-Encontrada donde, de acuerdo a leyendas, estaría situado el Paraíso.

En la isla emblemática de la mitología celta, la isla de San Brandán, "los prados son verdaderos jardines, floridos con perenne hermosura -como en santas moradas, las flores exhalan dulces fragancias-, con árboles espléndidos, preciosas flores y frutas de deliciosos perfumes".

Es importante no olvidar las islas de las novelas de caballería como la de Calafia, situada no muy lejos del jardín del Edén, donde viven las Amazonas, según narran *Las Sergas de Esplandián*. Esas amazonas que Colón reencontrará en América un par de siglos después.

La isla medieval es también la isla de Montsalvat, espiritual y esotérica, representada como una montaña que emerge en medio del mar y a la que ningún mortal tiene acceso. En ella se inspira Dante para crear su "isla-Purgatorio".

Extraordinaria y *Divina Comedia*! La montaña boscosa sustituye el desierto (el que fuera lugar por excelencia de penitencia y purga en la *Biblia* y en *El Corán*). El "motivo del bosque", espacio de iniciación y prueba, puesto en boga por la tradición celta y la literatura de caballería, se integra al *topos* de la isla. La isla se transforma así, de espacio de maravilla o descubrimiento, en espacio de purificación y de conversión interior.

¹ Isla, palabra femenina y símbolo de feminidad y fertilidad en latín y en las lenguas románicas derivadas.

Atención: la “isla-Purgatorio”, aunque esté situada en las antípodas de Jerusalén en el océano Atlántico del desconocido hemisferio austral, no es una isla oclusiva, cerrada. Por el contrario, está abierta hacia lo alto de la montaña que la corona; su cima comunica con el espacio inferior del paraíso. Es una isla activa que no invita a la satisfecha pereza del Edén, sino al escalamiento y a una progresiva ascesis que transforma, purifica y “convierte” al que va remontando la espiral que la circunda.

¿Estas islas espirituales son acaso “las islas que esperan”, evocadas por el profeta Isaías en el *Antiguo Testamento*?

En islas se fundan las sociedades perfectas de la República del Sol descrita por Iambulo en sus viajes imaginarios, la Isla de los Hiperbóreos donde se aíslan los devotos sabios que se han apartado del mundo o la de las Siete Ciudades donde se refugian los obispos de Porto huyendo de la invasión árabe en la península ibérica.

En una isla se construye la Nueva Atlántida de Francis Bacon, se imagina la “isla-reino” del “haz lo que quieras” de la Abadía de Teleme descrita por Rabelais. Islas Bienaventuradas o Afortunadas, “islas-jardín” de las Hespérides o de las “manzanas de oro”, *Isles Fortunées* cuyas virtudes ensalza Pierre de Ronsard, “Ínsulas extrañas” que evocan los poemas de San Juan de la Cruz y que recorren Persiles y Segismunda del peregrinaje bizantino de sus “trabajos” por el brumoso océano Atlántico del imaginario cervantino.

No hay que creer que las ínsulas maravillosas son patrimonio exclusivo del imaginario occidental. También pueden ser inventariadas en la tradición oriental.

¿Han oído hablar de la isla El Ribat, donde se levantaba el monasterio guerrero islámico, afirmando su espiritualidad gracias a la doble lucha de preservación de su condición insular y ciudadana: por un lado interior, contra la expresión de sus deseos; exterior, contra los enemigos de la fe?

Sin embargo, la etimología más seductora de la palabra isla nos viene del sánscrito. Los brahmanes del sur de la India la llaman “Langka”, que deriva de “laka” que significa obtener. La isla de la doctrina hindú es, entonces, el lugar donde se obtiene y se logra la felicidad. Esa “isla esencial” es dorada y redonda y en su centro se eleva un palacio, en cuyo centro, a su vez, hay un recinto donde está el trono de la Magna Mater.

Ernst Jung, recogiendo la tradición hindú donde la isla es concebida como el punto de fuerza metafísico en el cual se condensan las fuerzas de la “inmensa ilógica del océano”, hace de la isla el refugio contra el amenazador asalto del mar del inconsciente, es decir, la síntesis de la conciencia y la voluntad.

Islas del horror y la fantasía.

Las islas paradisíacas de aguas color turquesa pueden ser barridas de pronto por huracanes y ciclones. Del fondo apacible del mar transparente surge la fuerza oculta que transforma por unas horas el paraíso en infierno, aunque la ilusión nos devuelva luego el gusto del “soñar despierto” en sus playas.

¿Por qué será que los ciclones que periódicamente asolan las islas del Caribe y el sudeste asiático tienen siempre nombre femenino?

La isla puede ser también —y no hay que olvidarlo— espacio oclusivo, carceral, cuando no infernal, pervertido por la locura, negación de toda felicidad posible. Desde la mitología griega y latina el topos de la isla bienaventurada se contrapone al de la isla maldita, ámbito cerrado donde la maldad impera sin obstáculos.

Recuerdo que Virgilio sitúa en las islas Estrófogas a las Arpías, ese animal extraño que encarna las fuerzas femeninas malignas y destructoras, esos seres que segregan “inmundicias” de sus cuerpos.

La isla infernal puede ser también *La isla de los hermafroditas*, donde la sátira de Artus Tomas escenifica las corrupciones y perversiones de la corte de Enrique III; la isla de Houynhnms que habitan los horribles “yahoos” de *Los viajes de Gulliver* de Johnathan Swift, el “país de los Cafres” de *Aline y Valcour* del Marqués de Sade, la *Isla de los Pingüinos* de la alegoría de Anatole France.

En los cosmos miniaturizados de las islas regidos por leyes dictatoriales surgen la “isla laboratorio” de la experiencia científica pesadillesca de *La isla del Dr. Moreau* de H.G. Wells o se instala la cruel autogestión de los niños de *El señor de las moscas* de William Goldwing.

Hay espacios carcelarios reales con su doble protección de muros y de agua, como el presidio de Alcatraz (hoy museo que se visita tras una amable

travesía turística por la bahía de San Francisco), la penitenciaría de “la isla del diablo” en la Guayana francesa de donde se evadió “Papillon”, la isla de Santa Elena y la isla de Elba del ciclo de los exilios de Napoleón y el siniestro presidio peruano, frente a la costa de El Callao, donde se hacían delincuentes comunes y presos políticos.

A cada cual, pues, su isla feliz, su *eu-topos*; a cada uno, su cárcel, su *kakotopia*, la utopía infernal que puede esperarlo apenas se aísla (¿o a-isla?)

(*Eu-topos* a no confundir con *u-topos*, la utopía, el no-lugar, el “lugar que no existe” que inventa Tomas Moro, representado, pese a su “no existencia”, como una isla).

Por azar del destino de mis padres nací en una isla —la isla de Mallorca, en el archipiélago de las Baleares— y de allí salí rumbo a América con un gusto agrídulce en el sabor de mi memoria: el recuerdo de un paisaje maravilloso (tal vez uno de los más hermosos del mundo, dicen con orgullo los mallorquines, rivalizando con los nativos de Capri, Sicilia, Balí o las Maldivas) y de niños que me hacían notar a diario mi condición de *forasté*, es decir, de forastero, de extranjero. Islas hermosas e isleños crueles, paisajes que atraen y habitantes replegados sobre sí mismos, xenófobos, desconfiados.

Años después reconocería algunos de esos caracteres en los límites de la barbarie en la película *Padre padrone* de los hermanos Taviani, esos pastores de las agrestes montañas de la isla de Cerdeña encarnando el arquetipo del cerrado insularismo.

¿Proteger su isla, defender el propio espacio feliz o transgredir los límites del infierno y arriesgarse en el mundo? Aquí es donde empiezan realmente los problemas.

En todo caso, pareciera que en los sucesivos naufragios y resurrecciones con que inevitablemente se jalona la vida humana, la ambivalencia del signo de la isla —paraíso para unos y cárcel de otros, sueño y realidad, lugar de evasión y aventura, pero también vivero del “insularismo” que amenaza al espíritu— nos acompaña como una inevitable dualidad existencial.

Lección de geografía real y simbólica.

Cuando en *Les Immémoriaux*, Víctor se pregunta “¿qué es una isla?”, responde aludiendo a su dimensión espiritual y la representa como un espacio rocoso

defendido por acantilados y por “una cintura de ple-garias”.

Sin embargo a la pregunta: ¿Qué es una isla?, la respuesta del manual de geografía no puede ser más banal: “Una porción de tierra rodeada de agua por todas partes”.

Cuando José Arcadio Buendía grita: “Carajo! Macondo está rodeado de agua por todas partes!”, la imagen del “pueblo-isla” brota con naturalidad de las páginas de *Cien años de soledad*. No se trata de que José Arcadio reconstruya en forma arbitraria un mapa, “exagerando de mala fe las dificultades de comunicación, como para castigarse a sí mismo por la absoluta falta de sentido con que eligió el lugar”, sino que la noción de “isla-interior” nace *versus* la del continente.

No hay que olvidar que la ciencia geográfica describe únicamente ciertas islas, ya que los satélites —que pretenden saberlo todo sobre la superficie y la profundidad de los mares— no pueden identificar ínsulas, “islarios maravillosos”, “islas flotantes” sobre el lomo de ballenas y otras islas metafóricas como la *isle* clásica de las lenguas francesa e inglesa. Las “ínsulas extrañas” siguen siendo, felizmente, extrañas.

Sin embargo, las islas que figuran en los mapas y en los libros de geografía, tienen también su lado secreto que escapa al ojo escrutador del satélite. Veamos:

Ahí están las Islas Galápagos, archipiélago del Pacífico, frente a las costas de Ecuador, hoy “reserva de la biosfera” y patrimonio natural de la humanidad, según la UNESCO.

Las “Encantadas”, cuyas leyendas narra Hermann Melville, oscilan también entre la mágica resonancia del archipiélago desconocido que evocan y el misterio de tradiciones y maldiciones que jalonan su historia.

Ahí está la isla Mauricio, hasta hace poco paraíso *ad usum turisti*, y hoy centro de informatización de textos para la industria editorial europea y del sudeste asiático.

No olvidar, pese a ello, que es en sus forestas bucólicas (sin insectos) donde se aman *Paul et Virginie* en la novela de Bernardin de Saint-Pierre.

¿Y qué decir de la Isla Tortuga o de *La isla del tesoro*? Ahí está Cuba —esta Cuba contemporánea cuya

historia empieza el 1 de enero de 1959— donde, más allá de la solidaria adhesión de su pueblo y la empeñosa tozudez de su “líder máximo”, la revolución ha sido posible gracias a su condición insular. Lo sabía José Martí, no lo supieron a tiempo los derrotados de Playa Girón y lo han experimentado en carne propia los “balseros”.

(He tenido la curiosa sensación frente a las olas del mar Caribe que rompen contra el Malecón de La Habana de estar en el límite fronterizo de un mundo: muro de protección para unos, barrera insalvable para otros).

Condición insular paradigmática que hace de Cuba un apasionante alambique donde se concentra el extracto y la síntesis de culturas de Europa, África y Asia (El que dude de lo afirmado que lea a José Lezama Lima y a Severo Sarduy).

Hay islas solitarias, condenadas a derivar en el océano y hay otras que se agrupan y se sostienen entre sí en archipiélagos donde los sutiles vínculos que se urden entre ellas, oscilan entre el amor y el enfrentamiento. En el archipiélago de las Islas Canarias, aquellas islas Afortunadas cantadas por los navegantes de la antigüedad, los nativos de Gran Canaria, Tenerife o Gomera, rivalizan entre sí, pero se sienten unidos frente a la Península y al resto del mundo.

Solidaridad y antagonismo, cuestión de grados, relatividad de los “microcosmos”, de los “microclimas” y de los estados de ánimo insulares.

En todo caso, solidaridad que da el archipiélago en la soledad del océano, frente a la desesperanza de las costas africanas desérticas en que se inscribe su horizonte geográfico más cercano y, sin embargo, tan lejano en la idiosincrasia de su pueblo y el paisaje del corazón.

“Islas canarias”, título del pasodoble que se bailaba en los cumpleaños de “quince” y en las fiestas de casamiento de mi adolescencia en los años cincuenta. Islas Canarias que luego vería etiquetadas como “mundialmente conocidas como las islas de la eterna primavera” y en las que desembarcaría en oleadas sucesivas de mi propia vida: un congreso de escritores, un cursillo dictado entre Las Palmas y La Laguna y, contra toda previsión de nuestro destino original uruguayo, teniendo un día a mi hijo

Rodrigo estudiando “ciencias del mar” en la Universidad de Las Palmas.

“Aplatanarse”. Condición que sólo quien vive en una isla como La Gomera puede adquirir.

Toda isla, hasta la más olvidada, tiene su historia y puede ser noticia en cualquier momento. Cuando empecé a trabajar en el diario *La Mañana* de Montevideo, soñaba con ir en “misión” periodística a las Islas Malvinas. Un barco —el *Darwin*— abastecía todos los meses al archipiélago con alimentos, especialmente verduras frescas, desde el puerto de la capital del Uruguay. Argentina que ya reivindicaba la soberanía de ese enclave inglés del Atlántico Sur, se negaba a suministrar víveres a sus habitantes. Por eso, Montevideo era el inevitable puente. Propuse varias veces al secretario de redacción de *La mañana* un reportaje sobre Las Malvinas, su paisaje, sus gentes, la vida de sus pastores de ovejas. Se trataba de irme a bordo del *Darwin* y recoger informaciones y hacer entrevistas *in situ* durante los días en que se descargaban los frescos alimentos y se embarcaban en sus bodegas los *tops* de lana y los cueros que traía en su viaje de vuelta. Pese a mi entusiasmo y a mis promesas de escribir una serie de artículos vivos y humanos, el viejo secretario de redacción Carlos Tusso me repetía que: “Esas islas no son noticia y no lo serán nunca, aunque pretendas lo contrario”. Recordaría a “Carlitos”, como lo llamábamos cariñosamente, años después, cuando un asoleado mediodía en que, al entrar en un bullanguero restaurante de Bujaraloz, en pleno desierto de los Monegros en Aragón, escuché en la radio la noticia de la invasión de las tropas argentinas a las islas Malvinas. El General Galtieri me daba la razón veinticinco años después: las islas Falkland “eran noticia”. En realidad, lo habían sido siempre.

(He leído en alguna parte que hay islas de la Polinesia —¡tan paradisíacas en nuestro imaginario!— donde el porcentaje de suicidas es mucho mayor que en los países continentales. Los jóvenes se arrojan desde lo alto de los acantilados hartos de recorrer, una y otra vez, los mismos senderos que bordean su perímetro).

¿De dónde vienen las islas?

Me gusta la idea de la autogénesis de las islas: “una tierra construida por oleadas de mareas”, poetiza Píndaro. “Multitudes de islas nacientes” surgieron en

los mares de la “región de las tempestades” como “osamentas y nervios de la tierra”, levantando sobre “las olas irritadas” sus “cabezas negras coronadas de plantas exóticas”, nos dice un *Diccionario científico* de 1752.

Si una isla no existe se la “fabrica” a partir de la decisión de cortar el cordón umbilical del istmo que la une al continente. Herodoto cuenta cómo los Cinidienos empezaron a construir un canal, porque querían hacer de su país una isla. La isla de *Utopía* de Tomás Moro no es más que el resultado de la obra decidida por el rey Utopos de cortar el istmo de Abraxa de quince millas de largo que la une al continente. La primera utopía de la historia del género se funda, pues, en una isla que es el resultado de una voluntad de “insularidad” y no de un accidente natural de la geografía.

Desde entonces las utopías tendrán por escenario privilegiado las islas y su vocación primordial será el “a(isla)miento” y la autarquía que se le adjudica como virtud de incontaminada pureza.

Imagino un derivado lingüístico del término isla en la palabra “exilio” que acompaña la historia de buena parte de este siglo: ex-isla, es decir, la isla que poseímos alguna vez y que ya no tenemos. Como quién dice: “Paraíso Perdido”, Edén del que hemos sido expulsados y que evocamos con nostalgia en la distancia desde el exilio (¿ex-ilio?).

Poseída o simplemente soñada, la isla pagana por excelencia del imaginario popular hispánico es la Isla de la Chacona, esa isla donde se sitúa Jauja con la que sueñan los hambrientos campesinos de la Edad Media y que se identifica con alguna de las islas de los mares del Nuevo Mundo, esa isla cantada por el poema anónimo *La Isla de la Chacona*:

“Es el caso que un navío
del general Don Fernando,
ha descubierta una isla
cuyos grandiosos espacios
o son jardines de Venus,
o son pensiles de Baco;
Allí es todo pasatiempos,
salud, contento y regalos
alegría y regocijos,
placeres, gozos y aplausos.
Vívese allí comúnmente

lo menos seiscientos años
sin hacerse jamás viejos,
y mueren de risa al cabo”.

La isla de Jauja estaba en realidad en el Nuevo Mundo. Porque el azar quiso que los primeros territorios del Nuevo Mundo abordados por Cristóbal Colón en 1492, buscando otra isla legendaria —Cipango— fueran también islas. Islas de naturaleza edénica donde vivían “seres primitivos” en “estado puro”. Colón es, pues, el símbolo paradigmático de la utopía geográfica, el expedicionario que aborda una América “inédita” y primordial y donde, al mismo tiempo que la descubre, objetiva en su territorio mitos del imaginario colectivo clásico y medieval: el Edén, el Jardín de las Hespérides, la Edad de Oro y el país de Jauja.

Una esperada e inevitable postal caribeña.

He estado una vez en la “isla-paraíso” de las tarjetas postales y los folletos de propaganda turística. Pude penetrar aquel día del mes de marzo de 1989 en un verdadero estereotipo de isla caribeña y bañarme en una playa donde se habían escenificado todos los tópicos insulares posibles.

Había visto postales de la playa del Hotel Caribe Hilton de San Juan de Puerto Rico, esa cerrada bahía de arena blanca rodeada de palmeras crecidas al ritmo de una brisa cálida, con sillas largas orientadas hacia las aguas color topacio, aguas seguras de un mar domesticado por los arrecifes que la enmarcan.

Pero nunca pensé que podría un día trasponer el sueño artificial de evasión al que invitaba la fotografía, penetrando en ese escenario donde se representa y se vive una forma suntuosa de la felicidad. Lo hice aquella tarde y aún recuerdo la emoción de mi bautizo por inmersión en esas “aguas primordiales” del Nuevo Mundo, mi lenta penetración en el cuerpo tibio de un Mar Caribe de ensueño y ello pese a estar rodeado de turistas enrojeciéndose y emborrachándose al sol.

El hombre de la isla de Arán, una película que vi de pequeño, me marcó para siempre: la dura lucha de los habitantes de esa isla de los mares del norte contra los vientos que barren su tierra pedregosa, bastión del empeño humano expuesto como un navío anclado y olvidado por todos en el centro de una tempestad eterna.

Años después, en otra isla -Irlanda- me compraría un *jersey* (palabra, a su vez, derivada de otra isla, la de Jersey) tejido en lana cruda hilada por las mujeres de la isla de Arán.

La isla de los naufragos.

Una vez escribí:

“A veces tengo nostalgia de un país donde no he estado nunca. Me siento exilado de una tierra prometida a la que no he podido llegar y de la cual tengo vagas noticias. Su lejanía me da vértigo”.

Me pregunto ahora: ¿Se trataba realmente de una isla?

Muy probablemente sí, porque también hay “islas de tierra firme”, “ínsulas Baratarias” imaginadas en un rincón de la Mancha o en el fondo de un valle, islas de utopía en el centro de agresivas ciudades que pueden tener sus orillas amablemente abiertas a los otros, sin dejar por ello de preservar el secreto de su espacio interior.

Por eso podemos decirles, al finalizar este primer inventario de las islas del ensueño y de la memoria —al que os hemos invitado hoy desde estas páginas—

que no es difícil tener nostalgia de una isla donde nunca se ha estado, tal vez porque somos todos naufragos que soñamos islas.

Ya lo decía Oscar Wilde: “Ningún mapa del mundo es digno de una mirada, si el país de la Utopía no se encuentra en él”, no sin dejar de lamentarse que:

La vieja tierra, la vieja isla abandonada, ha perdido su nombre de Utopía. Utopía es el nombre que pasa a través del esplendor de las olas y se refleja en la arena dorada de una isla ignorada, todavía no conocida. Pese a que el progreso es la realización de las utopías, es también la historia de nuestros dolores y nuestros sueños.

Islas de naufragos, islas de la esperanza.

Porque, al fin de cuentas, si la suerte nos deparara una playa donde sobrevivir al término de nuestros desvelos, una isla de utopía encontrada tras periplos varios, deberíamos ser capaces de construir en ella un mundo. Un mundo que no necesitara destruir el de los demás, porque —pese a todo y a tantos complacidos agoreros— sigue habiendo todavía en este malherido planeta, suficiente espacio libre para soñar.

